

# LA MODISTA DE BARCELONA

Marc Font

Traducción: Marta Armengol

**MOTUS**  
THRILLER



# CAPÍTULO 1

EL GOLPE EN LA PUERTA SONÓ AUTORITARIO. FUE UN GOLPE propio de quien espera que se le atienda con diligencia. La vecina esperaba con impaciencia mientras oteaba por la mirilla de rejilla para ver si había luz en el interior del piso.

En un gesto de fisgoneo, nuestras miradas se cruzaron a menos de un centímetro y, cuando se hizo evidente que el destino no iba a cambiar el curso de los acontecimientos, abrí. Una mujer con un albornoz de algodón blanco y los ojos medio desmaquillados pedía auxilio. Si hubieran sido las cuatro de la tarde, hubiera pensado que le habían entrado ganas de relacionarse. Eran, sin embargo, las dos y media de la madrugada de un viernes de abril. El albornoz blanco estaba salpicado de manchitas de sangre en una imagen entre tétrica y siniestra. Cuando la mujer reparó en que mis ojos contemplaban fijamente aquel estampado, se cubrió las manchas discretamente con la manga derecha en un intento de transmitir una impresión de normalidad.

Yo seguía con la cabeza medio asomada por la puerta de madera maciza, haciendo fuerza con el brazo izquierdo para intentar bloquear cualquier intento de la señora de franquear la puerta de mi casa.

Hacía ocho años que vivía en la finca y era incapaz de recordar si había coincidido con ella en algún momento. Las idas y venidas de los vecinos eran constantes en el edificio, pero con algunos había entablado cierta relación; a veces, hasta nos regalábamos bizcochos.

—Soy Loreto —dijo, con voz chillona y en tono despótico.

Volví a contemplarla con atención, ya convencido de que no la había visto antes; ni subiendo ni bajando ni en el supermercado al que acudíamos a hacer la compra todos los vecinos. Nos observamos atentamente durante un rato, en silencio.

—¿Qué le pasa? —pregunté, entre curioso y asustado. Ella estaba intranquila y se movía, envarada, de un lado a otro.

—¿Quién ha llamado? —preguntó mi vecino de rellano sin abrir la puerta de su piso.

El temporizador de la escalera hizo que la luz se apagara en ese preciso instante y ella, nerviosa y sorprendida por la voz del vecino, lo pulsó instintivamente al momento.

«Menos mal», pensé, porque, a oscuras, aquello hubiera podido convertirse en una escena del todo funesta.

—He llamado yo —respondió ella mientras proyectaba la voz y el cuerpo hacia la puerta del vecino.

La espalda del albornoz también la llevaba salpicada de sangre; era evidente que aquellas salpicaduras eran solo la punta del iceberg.

—Va usted manchada de sangre —le dije, en el mismo tono de voz gritón que usaba ella.

De repente me pareció que mi constatación la alarmaba y se apoyó con la mano derecha en el pomo redondo de la barandilla.

—Disculpe —dijo, dando un par de pasos al frente para agarrarme la mano.

Estuve a punto de zafarme, pero andaba medio dormido y aquella situación me superaba bastante. La señora llevaba unas pantuflas de toalla azules con un lacito de seda, a juego con el pespunte que marcaba el contorno del albornoz. La mujer, ante nuestra inacción e inoperancia, se hacía cada vez más pequeña y vulnerable.

—¡Necesito que suban, necesito que suban! —repitió en el tono propio de alguien que se encuentra en una situación desesperada.

Loreto enfiló la escalera a paso lento, balanceándose de lado a lado. Subía los peldaños de uno en uno y se aferraba a la barandilla con la mano derecha para asegurarse.

Yo puse la mirada en la puerta del vecino de enfrente y pensé que ojalá hubiera abierto y se hubiera unido a la escena. Pero no. La luz que se filtraba por debajo de la puerta desapareció y quedó muy claro que ni la voz ni el tono de

esa señora habían despertado ninguna emoción ni curiosidad en el vecino.

Me apresuré a meterme en casa para agarrar el juego de llaves que colgaba tras la puerta y, a continuación, salí en silencio a la escalera.

A la mujer le goteaba sangre por las piernas, que, poco a poco, dibujaba un fino hilo rojo que se deslizaba lentamente por los peldaños.

El temporizador inoportuno de aquella finca majestuosa, construida en 1903 por una familia de indios, decidió volver a dejar la escena a oscuras. Loreto, que ya estaba en el rellano del primero, corrió a pulsar el interruptor de la luz. Se asomó al hueco de la escalera y, clavándome la mirada, me preguntó si había cerrado la puerta de mi casa.

Me giré y, efectivamente, estaba cerrada. Aunque se lo agradecí, la pregunta me extrañó en aquel momento, pensando que mi puerta debería de haber sido la última preocupación de una mujer desesperada que sangraba.

La finca era preciosa, por dentro y por fuera. Se alzaba en la principal arteria comercial del barrio de Gràcia, con seis plantas, contando la principal y el ático, y quince balcones con sendas contraventanas de color verde oscuro sostenidos por capiteles con adornos modernistas. En cada rellano había dos pisos, la mayoría de los cuales habían sido divididos en dos, por decisión de la familia que regentaba la finca, para hacerlos más pequeños y poder alquilarlos

a precios más económicos. Antiguamente vivían ahí familias que disponían de doscientos metros cuadrados con un montón de habitaciones que seguramente se quedaban criando polvo. Eran amplias y espaciosas, todas presididas por puertas de madera de tres metros de alto con relieves sencillos pero elegantes.

Loreto ya no estaba en la escalera. Sin embargo, había un rastro de sangre en los peldaños y alguna mancha en la pared.

De repente oí que se abría una puerta y me apresuré a ver de qué piso venía. Entraba en casa. Su piso era de los grandes, de los que aún conservaban la estructura original, con un pasillo enormemente largo en forma de T con dos alas laterales e innumerables habitaciones.

Me quedé plantado en mitad del rellano, apoyándome en la pared con la mano, como quien espera con paciencia a que lo inviten a un gran acontecimiento. Estaba prácticamente a oscuras, solo se veían los tímidos y vacilantes reflejos de unas velas que parecían ser la iluminación nocturna habitual en aquel largo pasillo.

—¡Señora! —la llamé—. ¡Señora!

—Venga —respondió alguien.

Hubiera jurado que no era su voz, pero no podía asegurarlo. El pasillo estaba a oscuras, pero se veían, ahora sí, las velas que había intuido ligeramente desde el rellano. Me encontré con una imagen inverosímil ante mí: la señora

coleccionaba vestidos de novia. Todo el pasillo estaba lleno de vestidos viejos y polvorientos. Bajo aquella luz escasa, parecían sucios y muchos estaban llenos de pequeños ecosistemas de arañas que les habían tejido un doble forro. Me sentía totalmente descolocado. Loreto no aparecía. La radio escupía una melodía suave de los ochenta que rompía el silencio angustioso e insoportable.

—¿Necesita algo? —grité, intentando que entendiera que mi presencia, si no era para ayudarla, no tenía ningún sentido.

Finalmente apareció al fondo del pasillo con un velo de novia. Caminaba directamente hacia mí, flanqueada de vestidos majestuosos que iba rozando a su paso. Me quedé inmóvil, di un pasito atrás sin perder de vista aquel espectáculo esperpéntico y atormentado. La tenía cada vez más cerca. Cuando se puso casi frente a mí, alargó las manos, como si quisiera que se las agarrara. Lo hice, no sé por qué. Levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. Relajó la mandíbula, sonrió y me dijo:

—¿A que soy guapa?